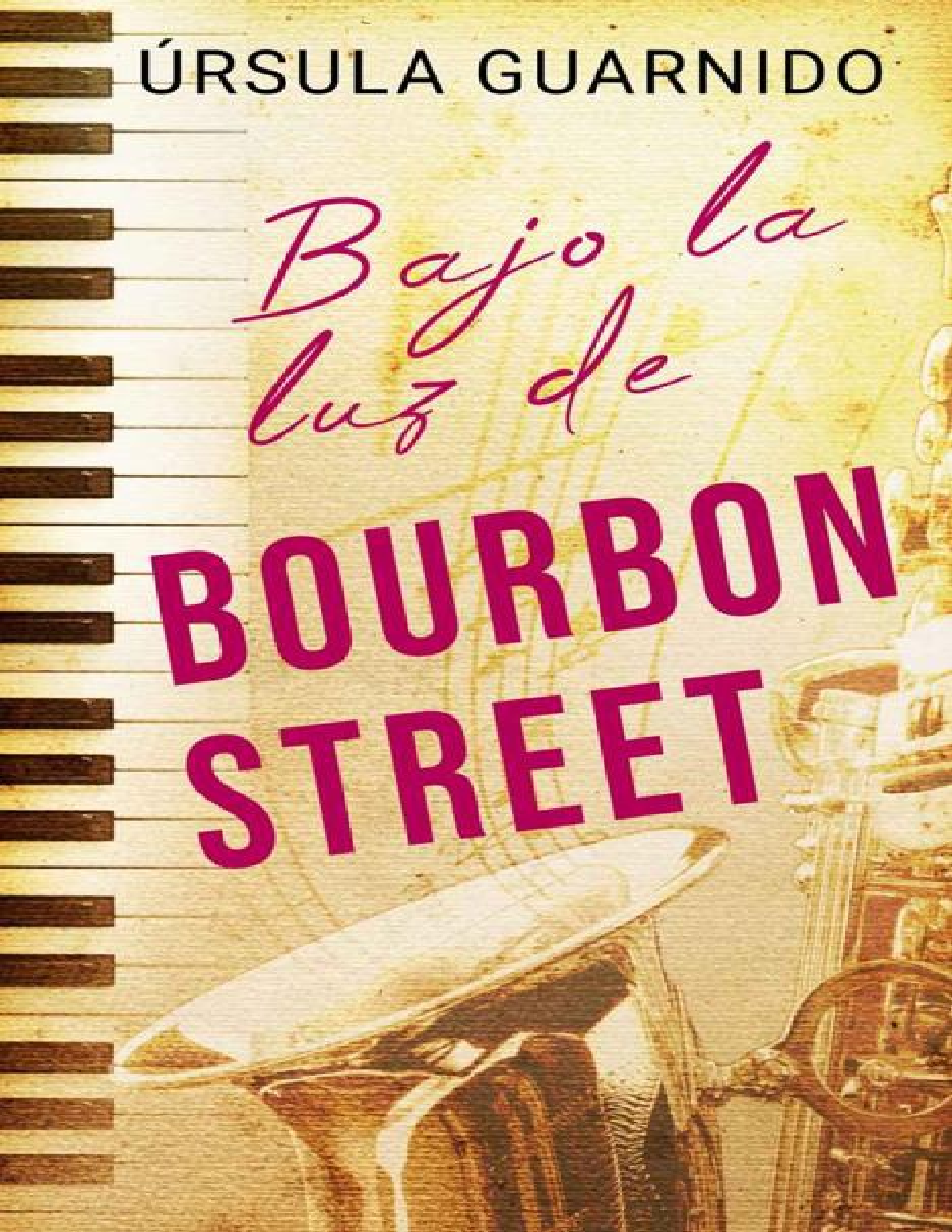
ÚRSULA GUARNIDO

Bajo la luz de BOURBON STREET



Bajo la luz de Bourbon Street

Úrsula Guarnido

Bajo la luz de Bourbon Street
Úrsula Guarnido

Copyright © 2024 por Úrsula Guarnido.

Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin el permiso expreso. Esto incluye, pero no se limita a, reimpresiones, extractos, fotocopias, grabaciones u otras formas de reproducción, incluidos los medios electrónicos.
Todas las personas que aparecen en este libro o las situaciones entre ellas son ficticias. Cualquier parecido es pura coincidencia.

ursulaguarnido@gmail.com

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Epílogo

Capítulo 1

Amanda

La última nota queda suspendida en el aire, un sonido cristalino perfecto. Un sonido que debería llenarme de orgullo. En cambio, me siento... vacía. Hueca. Como si fuera una caja de música exquisitamente elaborada, con la cuerda bien tensa y tocando la melodía exacta que se supone que debo tocar. Pero sin corazón detrás.

Retiro las manos de las relucientes teclas blancas y negras, forzando una sonrisa mientras un educado aplauso resuena en la opulenta sala de conciertos del Conservatorio de Música de Nueva Orleans. Las lámparas de araña de cristal sobre mi cabeza centellean, proyectando arcoíris fracturados sobre unos rostros que apenas distingo más allá del resplandor de las luces del escenario. Inhalo el aroma a limón del abrillantador de los muebles y el más tenue rastro del perfume de alguien: ¿gardenias, tal vez?

Al levantarme para hacer mi reverencia habitual, mi mirada se fija en un rostro familiar en la primera fila. Oliver Greene, mi mentor y maestro, frunce ligeramente el ceño y se me cae el alma a los pies. He visto esa expresión muchas veces antes, y nunca augura nada bueno.

Me dirijo a la zona entre bastidores, las gruesas cortinas de terciopelo rozando mis brazos. El área tras el escenario es un torbellino de actividad: tramoyistas moviendo equipos, otros músicos comprobando sus instrumentos. Escucho fragmentos de conversación, el sonido metálico de un violín siendo afinado, la risa ahogada de alguien.

—Amanda.

Me giro para ver a Oliver acercándose, su pelo sal y pimienta ligeramente despeinado como siempre. Sostiene una carpeta de cuero demasiado gastada, probablemente llena de notas sobre mi actuación. Me preparo mentalmente para recibir las críticas que estoy segura de que escucharé a continuación.

—Tu técnica fue impecable, como siempre —comienza, y me permito un pequeño suspiro de alivio. Pero entonces—. Sin embargo...

Ahí está. El temido "sin embargo".

—No pude evitar sentir que faltaba algo —continúa Oliver, sus ojos azules escrutando mi rostro—. Las notas eran perfectas, pero ¿dónde estaba la emoción? ¿La pasión? No había sentimiento, solo técnica.

Me pongo inmediatamente a la defensiva.

—Seguí la partitura exactamente como estaba escrita —argumento, escuchando el tono de defensa en mi propia voz—. La toqué precisamente como el compositor pretendía.

Oliver suspira, un largo suspiro que conozco demasiado bien, pasándose una mano por el pelo.

—Amanda, la música no se trata solo de tocar las notas correctas en el momento adecuado. Se trata de interpretación, de sentimiento, de dar vida a la pieza. ¿Cuándo fue la última vez que tocaste solo para ti? No para una audiencia, no para una calificación o para tus profesores del conservatorio, sino simplemente por el placer de hacerlo.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Abro la boca para responder, pero... no puedo. Porque honestamente no puedo recordarlo.

Mi silencio habla por sí solo y la expresión de Oliver se suaviza.

—Mira, eres increíblemente buena, tu talento es espectacular. Nadie cuestiona eso. Pero el talento sin pasión... es como un regalo bellamente envuelto sin nada dentro.

Trago saliva con dificultad, luchando contra el escozor de las lágrimas que me producen esos comentarios. Es lo mismo que he escuchado toda mi vida.

—Yo... yo no sé cómo arreglar eso —admito en voz baja.

Oliver aprieta suavemente mi hombro, como si se compadeciese.

—Empieza por vivir un poco, Amanda. La música trata sobre la vida, sobre las experiencias. No puedes verter emoción en tu interpretación si tú misma no estás sintiendo nada.

Como si fuera una señal, el teléfono móvil vibra en mi bolso. Lo saco, agradecida por la momentánea distracción.

Es un mensaje de mi amiga Sofía: "¡Inauguración de galería de arte esta noche! La nueva exposición parece increíble. ¿Te apuntas?"

Miro fijamente el mensaje, sintiendo una familiar batalla de indecisión dentro de mí. Por un lado, realmente debería quedarme y practicar. Trabajar en inyectar esta elusiva "pasión" en mi interpretación. Por otro... ¿cuándo fue la última vez que hice algo espontáneo?

—¿Todo bien? —pregunta Oliver, notando mi ceño fruncido y seguramente mi cara de preocupación.

—Sí, es solo que... una amiga me invitó a una inauguración de arte esta noche —explico vacilante—. Pero probablemente debería quedarme y practicar un poco más...

Las cejas de Oliver se disparan.

—¿Una inauguración de arte? ¡Suena perfecto! ¡Ve! Ni lo dudes —se apresura a responder.

Parpadeo sorprendida.

—¿En serio? Pero acabas de decir que...

—Dije que necesitas encontrar tu pasión —me interrumpe—. Tanto en la música como en la vida. No vas a descubrirla encerrada en una sala de música toda la noche.

Me muerdo el labio, aún indecisa.

—No sé...

La voz de Oliver se suaviza, bajando el tono.

—Amanda, escúchame. Tienes 28 años. Has dedicado toda tu vida a la música, lo cual es admirable. Pero ¿a qué costo? ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo puramente por diversión? ¿La última vez que tomaste un riesgo? ¿Cuándo te permitiste sorprenderte a ti misma?

Sus palabras se asientan incómodamente en mi pecho porque sé que tiene razón. Mi vida se ha convertido en un metrónomo: constante, predecible, desprovista de espontaneidad. Despertar, practicar, actuar, dormir, repetir. Miles y miles de horas desde que era una niña. Incluso mis comidas están cuidadosamente planificadas para una energía óptima.

—No puedes verter de una taza vacía —continúa Oliver, cogiéndome por el codo con suavidad —. Ve a esa galería. Mira algo de arte. Habla con gente, disfruta con tu amiga. Tal vez lo odies, tal vez lo ames. Pero al menos sentirás algo.

Respiro profundamente, armándome de valor.

—De acuerdo —digo finalmente—. Iré.

Oliver sonríe.

—¡Excelente! Ahora vete de aquí antes de que cambies de opinión. Te conozco

demasiado bien y sé que aún estás dudando —insiste.

Recojo mis cosas rápidamente, antes de que pueda convencerme a mí misma de lo contrario. Mientras me dirijo a la salida, Oliver me grita:

—¡Y Amanda! Intenta divertirte, ¿vale?

Logro esbozar una pequeña sonrisa y asentir antes de empujar las pesadas puertas hacia la cálida noche de Nueva Orleans. El aire está cargado de humedad, trae los aromas de magnolia y comida frita de un café cercano. Por un momento, me quedo allí, dejando que los sonidos de la ciudad me envuelvan: el sonido del jazz distante, el rumor de los tranvías, gente riendo mientras pasea.

He dado apenas diez pasos cuando siento la primera gota de lluvia. En segundos, es un aguacero. Por supuesto que no traigo paraguas. ¿Por qué lo haría? Eso requeriría planear para algo inesperado, y lo inesperado no es precisamente mi fuerte. Toda mi vida está cuidadosamente planificada.

Me refugio bajo el toldo de una tienda cerrada, buscando torpemente mi teléfono para llamar a un taxi. Mientras deslizo el dedo por la aplicación, algo capta mi atención. Música. No las notas pulidas y prístinas a las que estoy acostumbrada, sino algo crudo y lleno de vida. Proviene de la esquina, apenas audible sobre la lluvia.

La curiosidad puede más que yo. Me asomo desde mi escaso refugio, entrecerrando los ojos a través de la cortina de lluvia. Allí, en la esquina, hay una música callejera. Está encorvada sobre un maltrecho piano vertical, tocando como si su vida dependiera de ello.

No puedo distinguir su rostro, pero sus manos... vuelan sobre las teclas con un fervor que nunca antes había visto. La melodía es inquietantemente familiar, pero ella la ha transformado en algo completamente nuevo. ¿Jazz, tal vez? Con toques de blues y algo que no puedo identificar del todo.

Sin darme cuenta, salgo completamente bajo la lluvia. Mi cabello cuidadosamente peinado se pega a mi cara, mi costoso vestido probablemente está arruinado, pero por una vez... no me importa. Todo en lo que puedo concentrarme es en esa música.

Me habla de una manera que nada lo ha hecho en años. Hay alegría en esas notas, y dolor, y una docena de otras emociones que ni siquiera puedo nombrar. Es desordenado e imperfecto y absolutamente hermoso.

Me quedo clavada en el lugar, con la lluvia empapando mi ropa, cuando los acordes finales se desvanecen. La chica mira hacia arriba y parece sorprendida de encontrar que tiene público a pesar del aguacero.

Nuestros ojos se encuentran, y por un momento, el mundo parece detenerse.

Es más joven de lo que esperaba, probablemente cerca de mi edad. Cabello oscuro y desordenado, cálidos ojos marrones. También está empapada, su camiseta se adhiere a una figura esbelta. Hay una intensidad en su mirada que me hace contener la respiración.

—¿Has disfrutado del espectáculo? —inquiere, una sonrisa preciosa extendiéndose por su rostro.

Abro la boca para responder, pero no salen palabras. ¿Qué puedo decir? "¿Tu interpretación me conmovió más que cualquier cosa que haya experimentado en años?" "¿Creo que acabas de despertar algo dentro de mí que pensé que estaba muerto hace mucho tiempo?" Quedaría como una boba.

En cambio, suelto:

—¿Cómo has hecho eso? —aunque creo que quedo igualmente como una boba.

Sus cejas se fruncen ligeramente.

—¿Hacer qué? —pregunta extrañada.

Hago un gesto vago hacia el piano.

—Eso... ese sentimiento. No estabas simplemente tocando notas, estabas... no sé. Creando algo vivo. La melodía cobró vida, estaba llena de sentimientos.

Se ríe, una risa preciosa, un sonido cálido y rico que parece cortar a través de la lluvia.

—Ese es el punto, ¿no? Se supone que la música te hace sentir algo. Si no, no sería música.

Me estremezco ligeramente ante sus palabras, tan similares a la crítica de Oliver. La desconocida lo nota, su expresión se suaviza.

—Oye, ¿estás bien? Parece que hubieras visto un fantasma. O escuchado uno, supongo.

Sacudo la cabeza, dándome cuenta de lo ridícula que debo parecer. De pie bajo la lluvia torrencial, mirando a una música callejera como si tuviera los secretos del universo.

—Estoy bien —logro decir—. Es solo que... no había escuchado a nadie tocar así en mucho tiempo.

Me estudia por un momento, luego da una palmada en el espacio a su lado en el banco del piano.

—¿Quieres intentarlo? —pregunta con un guiño de ojo.

Retrocedo.

—Oh, no, no podría... —mi disculpa suena demasiado torpe.

—Vamos —me persuade—. Ya está empapado, no puedes hacer mucho más daño. ¿A menos que estés preocupada por mojar tu elegante vestido más de lo que ya está? —bromea y esa sonrisa me derrite por completo.

Observo mi vestido de recital una vez impecable, ahora completamente empapado y pegado a mi cuerpo. Una risa surge de algún lugar profundo dentro de mí.

—Creo que ese barco ya zarpó. Con mi vestido, quiero decir, está para el arrastre.

Antes de que pueda convencerme de lo contrario, estoy cruzando la corta distancia hasta el piano. Me siento torpemente en el borde del banco, híper consciente de la presencia de la desconocida a mi lado. Sintiendo cada punto en el que nuestros cuerpos se tocan.

—Soy Jazz, por cierto —dice, extendiendo una mano.

—¿Jazz?

—Bueno, Jazmine. Jazmine Rodríguez, pero todo el mundo me llama Jazz, supongo que porque estoy enamorada de ese estilo desde que era pequeña —explica, encogiéndose de hombros.

—Amanda —respondo, cogiendo su mano para saludarla.

—Muy bien, Amanda —sonríe—. Muéstrame lo que sabes hacer.

Coloco las manos sobre las teclas, sorprendida por lo diferentes que se sienten del Steinway perfectamente afinado al que estoy acostumbrada. Este piano tiene carácter, historia grabada en cada rasguño y punto desgastado.

Respiro hondo y comienzo a tocar. Es una pieza que he interpretado cientos de veces, una que podría interpretar dormida. Pero algo se siente diferente esta vez. Quizás sea la lluvia, o el instrumento desconocido, o la presencia de Jazz a mi lado. Sea lo que sea, me encuentro desviándome de la partitura que veo en mi cabeza.

Añado adornos donde antes no había nada, me demoro en notas que normalmente pasan volando. Y por primera vez en más tiempo del que puedo recordar, no estoy pensando en la perfección. Simplemente estoy... tocando. Viviendo la música.

Cuando la última nota se desvanece, me doy cuenta de que respiro con dificultad, mi

corazón late acelerado, lleno de emoción. Levanto la mirada para encontrar a Jazz mirándome fijamente, con una expresión indescifrable en su rostro.

—Vaya —exclama—. Tienes una técnica impresionante. ¿Formada en el conservatorio?

Asiento, repentinamente cohibida.

—¿Cómo lo supiste?

—La técnica es una señal inequívoca. Pero hay algo más ahí también. Algo que intenta liberarse y que te cuesta dejar salir —añade, alzando las cejas.

Trago saliva al escucharla.

—¿Eso es... bueno?

Jazz se ríe.

—Es jodidamente fantástico. Tienes toda esta habilidad técnica, pero hay una ferocidad debajo. Como un volcán a punto de erupcionar. En el momento en que lo dejes escapar, crearás auténtica magia.

Sus palabras me provocan un escalofrío que no tiene nada que ver con mi ropa mojada.

—No sé si soy así —murmuro—. No creo que pueda hacerlo. No se me conoce precisamente por ser... salvaje o por improvisar.

—Tal vez no te has dado la oportunidad a ti misma —sugiere Jazz. Extiende la mano y coloca un mechón de pelo mojado detrás de mi oreja y la intimidad casual de ese gesto me hace temblar.

—Yo... —empiezo a decir, pero me interrumpe un fuerte retumbar de los truenos de una tormenta que se acerca. La lluvia, que había empezado a amainar, cae ahora con renovado vigor.

Jazz mira al cielo y se levanta de un salto.

—Mierda, será mejor que pongamos a cubierto a esta belleza. ¿Me echas una mano? —sugiere, dándose prisa por tapar el piano vertical.

Juntas, logramos poner a cubierto el piano bajo un voladizo cercano. No es ideal, pero es mejor que dejarlo expuesto a los elementos.

—Entonces —dice Jazz, apoyándose contra la pared de ladrillo—. ¿Qué hace una pianista formada en el conservatorio vagando bajo la lluvia un viernes por la noche?

Dudo, hago una pausa sin saber cuánto revelar.

—Yo... se suponía que iba a la inauguración de una galería de arte. Una amiga me invitó y...

Jazz arquea una ceja al escuchar mis palabras.

—¿Se suponía?

—Me... distraje —admito con un suspiro.

—¿Por mi encanto irresistible? —bromea.

Pongo los ojos en blanco, pero siento que un rubor se extiende por mis mejillas.

—Por tu forma de tocar —la corrijo—. Era... diferente a lo que estoy acostumbrada.

—¿Diferente bueno o diferente malo?

—Bueno —confieso—. Muy bueno. Me hizo sentir...

Me quedo en silencio, luchando por encontrar las palabras adecuadas. ¿Cómo explico que su música despertó algo en mí que creía muerto hace mucho tiempo? ¿Que por unos minutos, recordé por qué me enamoré de tocar el piano en primer lugar?

Jazz parece entender lo que quiero expresar sin necesidad de palabras. Asiente lentamente.

—Sí, sé a qué te refieres. Por eso hago esto. Claro, el dinero está bastante justo. Bueno,

cuando no llueve, claro. Pero se trata de la conexión. Ver a alguien realmente escuchar la música, sentirla de verdad, ¿sabes?

Lo sé. O al menos, solía saberlo.

—Escucha —dice Jazz, sacando un teléfono móvil maltratado por el tiempo y el uso—. Normalmente no hago esto, pero... hay un pequeño club de jazz a unas pocas manzanas de aquí. Unas amigas mías tocan esta noche. No es nada elegante, pero la música es real. Cruda. Viva. ¿Quieres tomar una copa y escucharlas?

Dudo. Lo responsable sería ir a casa, secarme, tal vez practicar un poco antes de dormir. Eso es lo que la vieja Amanda haría.

Pero esta noche estoy cansada de ser la vieja Amanda.

—Sí —afirmo, sorprendiéndome a mí misma por la firmeza en el tono de mi voz—. Me encantaría.

El rostro de Jazz se ilumina con una sonrisa que hace que mi corazón se salte varios latidos.

—¡Genial! Pero te advierto, puede que no llegues a esa elegante galería de arte.

Me río, sintiéndome extrañamente feliz, más feliz de lo que me he sentido en años.

—De alguna manera, creo que sobreviviré si no llego a la galería de arte —bromeo.

Mientras nos dirigimos por las calles resbaladizas por la lluvia, no puedo evitar sentir que estoy adentrándome en territorio desconocido. Es aterrador y emocionante a la vez.

Por primera vez en mucho tiempo, no tengo idea de lo que va a pasar a continuación. Y no podría estar más feliz por ello.

Capítulo 2

Jazz

Al día siguiente, la noche de Nueva Orleans me envuelve como un abrazo, los adoquines relucen por la lluvia brillan bajo el cálido resplandor de las farolas. Mis dedos bailan sobre las teclas de mi piano, arrancando una melodía que es a partes iguales desgarro y esperanza. Me pierdo en la música, con los ojos cerrados, meciéndome al ritmo que pulsa por mis venas.

Es entonces cuando la veo.

Destaca entre la pequeña multitud que se ha reunido, un faro de quietud en medio del bullicio del Barrio Francés. Nuestras miradas se cruzan y, de repente, el resto del mundo se desvanece. Solo estamos ella, yo y la música que parece tejer un hilo invisible entre nosotras. Como si solamente tocase para ella.

Cuando las últimas notas de mi canción se desvanecen en el aire, Amanda da un paso adelante. Su voz es suave, casi vacilante, pero hay una calidez en ella que hace que mi corazón se detenga.

—Eso fue... increíble —apunta, con una sonrisa tímida jugando en las comisuras de sus labios—. Nunca había escuchado 'La chica de Ipanema' interpretada así antes.

Siento que una amplia sonrisa se extiende por mi rostro.

—¡Gracias! Me gusta pensar en ella como 'La chica de Ipanema' se encuentra con 'When the Saints Go Marching In', con un toque de Jazz Rodríguez para darle sabor.

Amanda se ríe, un sonido que es a la vez delicado y sincero. Una risa que me hace querer escucharla de nuevo. Una y otra vez.

—Has venido —suspiro, colocando un mechón de pelo detrás de mi oreja.

—Te dije que vendría a verte —responde, como si fuese idiota por dudarlo.

Como si fuera una señal, la llovizna se convierte en un aguacero. Exactamente igual que la noche anterior. Amanda deja escapar un pequeño grito, levantando los brazos en un intento fútil de protegerse del repentino diluvio.

—Toma —digo, rebuscando en mi estuche de instrumentos para sacar un paraguas compacto—. Permíteme ser la persona que salve tu peinado.

—Cada vez que te veo diluvia. Me pregunto si significa algo —bromea, pegándose a mí para resguardarse de la lluvia.

—Podría ser —ironizo—. ¿Qué te parece si buscamos un lugar un poco más seco para continuar la conversación? Conozco un sitio que sirve los mejores beignets de esta ciudad.

—¿Café Du Monde?

—El único e inimitable —confirmo con un guiño—. ¿Qué dices? ¿Te arriesgas a mancharte ese bonito conjunto con azúcar en polvo?

Amanda mira su sencillo blusa negra y vaqueros, y luego me dedica un brillo travieso en sus ojos antes de responder.

—Creo que puedo manejar un poco de peligro —susurra, acercándose a mi oído.

Nos abrimos paso por las calles resbaladizas por la lluvia, nuestros hombros rozándose constantemente bajo el paraguas y me cuesta no dejar escapar un suspiro cada vez que siento el calor de su cuerpo. Cada roce accidental de su brazo contra el mío consigue que

mis rodillas tiemblen. Hacía mucho tiempo que no sentía este tipo de conexión instantánea con alguien.

El cálido aroma azucarado de los beignets recién hechos nos envuelve nada más entrar en el Café Du Monde. El lugar está concurrido, incluso a esta hora tardía, lleno tanto de turistas como de lugareños que buscan refugio de la lluvia.

—Dos beignets y dos cafés con leche, por favor —solicito a la camarera mientras nos deslizamos en uno de los reservados—. Confía en mí —le añado a Amanda con una sonrisa —. Es la comida reconfortante perfecta para una noche de lluvia.

Mientras esperamos nuestro pedido, me encuentro cautivada por la tranquila intensidad de Amanda. Hay algo en ella, una especie de energía contenida, como un resorte enrollado esperando a ser liberado en cualquier instante.

—Cuéntame sobre esa gran actuación que tienes la próxima semana —propongo curiosa —. ¿Qué vas a interpretar?

Los ojos de Amanda se iluminan mientras habla de su próximo recital. Su pasión es evidente en cada una de sus palabras, en cada gesto. Me inclino hacia ella, atraída por su entusiasmo.

—Es una pieza de Rachmaninoff —explica—. Concierto para piano nº 2 en do menor. Es... desafiante, por decirlo de algún modo.

Silbo, impresionada, alzando las cejas.

—¿Rachmaninoff? Vaya, chica. No te andas con tonterías, ¿eh?

Amanda se sonroja ligeramente.

—Ha sido mi sueño interpretar esta pieza durante años. Pero últimamente, me he estado preguntando...

—¿Preguntando qué? —indago, percibiendo su vacilación.

Amanda suspira, sus dedos trazando patrones en la condensación de su vaso de agua.

—Me pregunto si soy lo suficientemente buena. Si he tomado las decisiones correctas a lo largo de los años. A veces, siento que solo estoy siguiendo la corriente a lo que quiere mi padre, ¿sabes?

Asiento, comprendiendo perfectamente lo que intenta decir.

—Entiendo eso. Es fácil perder de vista por qué empezamos a hacer música en primer lugar —le aseguro.

Llega nuestra comida, y no puedo evitar reírme de la expresión de asombro de Amanda al ver la montaña de azúcar en polvo que cubre nuestros beignets.

—Te lo advertí —bromeo, cogiendo uno de los pasteles—. Ahora, observa y aprende. El truco es dar un gran mordisco e inhalar al mismo tiempo.

Se lo demuestro, terminando con la cara llena de azúcar en polvo. Amanda estalla en carcajadas, y ahí está ese sonido de nuevo, el de su risa, el que hace que mi corazón dé volteretas cada vez que lo escucha.

—Muy impresionante —se ríe, extendiendo la mano para quitar un poco de azúcar de mi mejilla. El suave toque de sus dedos envía un escalofrío por mi columna.

Mientras comemos y hablamos, me encuentro abriéndome a ella de una manera que no lo había hecho con nadie en mucho tiempo. Le cuento sobre mi estilo de vida nómada, sobre la emoción de tocar en las esquinas de las calles y en bares de mala muerte por todo el país, incluso por algunas ciudades de Europa de vez en cuando.

—No siempre es fácil —admito, lamiendo el azúcar de mis dedos—. Algunas noches, no estoy segura de dónde voy a dormir o de dónde vendrá mi próxima comida. Pero cuando

estoy tocando... joder, no hay nada como eso. Es como si todo el mundo desapareciera, como si solo fuéramos la música y yo.

Amanda escucha atentamente y sus ojos nunca abandonan mi rostro.

—Eso suena increíble —suspira—. Envidio ese tipo de libertad.

—Tiene sus desventajas —admito, encogiéndome de hombros—. Pero no lo cambiaría por nada de este mundo. ¿Y tú? ¿Siempre has querido ser pianista clásica?

Duda por unos instantes, hace una pausa y puedo ver un destello de incertidumbre en sus ojos.

—He estado tocando desde que tenía cuatro años —confiesa—. Siempre ha sido... siempre ha sido lo que se esperaba de mí, supongo. Mis padres, mis profesores, todos vieron este talento y me empujaron a desarrollarlo. Bueno, mis padres están bastante obsesionados con la música clásica.

—Pero ¿es lo que tú quieres? —insisto, inclinándome hacia ella.

Amanda se muerde el labio de nuevo, y tengo que obligarme a no mirar fijamente… o besarla.

—Amo tocar el piano —reconoce bajando la voz—. Pero a veces, me pregunto cómo sería tocar algo que no fuera clásico. Improvisar, crear algo nuevo.

—Bueno —interrumpo, reclinándome en mi asiento—. Si alguna vez quieres probar algo diferente, estaría encantada de enseñarte un par de cosas sobre improvisación. Es lo que hago, al fin y al cabo, aunque estaría bien tener tu técnica, no tendría casi límites.

Las palabras salen más coquetas de lo que pretendía, y observo que un rubor trepa por las mejillas de Amanda. Se sonroja, pero no aparta la mirada.

—Puede que te tome la palabra —confiesa, su voz baja, casi como un susurro u una sonrisa en los labios por la que se podría matar.

Hablamos durante horas, perdidas en la conversación, casi sin darnos cuenta. Amanda me cuenta sobre su riguroso horario de práctica, sus miedos sobre el próximo recital, su sueño secreto de componer su propia música. Yo comparto historias de mis viajes, los curiosos personajes que he conocido en el camino, la alegría y la libertad de vivir de un lado a otro.

Antes de darnos cuenta, el café está cerrando a nuestro alrededor. Salimos para encontrar que la lluvia se ha suavizado hasta convertirse en una suave neblina, las calles tranquilas e íntimas en la hora tardía de la noche.

Me giro hacia Amanda. De repente, ambas parecemos reacias a despedirnos. Hay algo en ella que se me ha metido bajo la piel, una conexión que no puedo ignorar.

—Lo he pasado genial esta noche —confieso, dando un paso hacia ella y apoyando una mano en su cintura.

—Yo también —suspira.

Antes de que pueda pensarlo demasiado, me inclino y dejo un suave beso en su mejilla. Su piel es cálida y suave bajo mis labios, y escucho su brusca inhalación.

Al apartarme, veo una mezcla de emociones parpadear en el rostro de Amanda; deseo, confusión, y algo que se parece mucho al miedo.

—Yo... debería irme —dice, su voz apenas por encima de un susurro.

—Espera —la llamo mientras empieza a alejarse—. ¿Puedo volver a verte?

Amanda duda, no parece tenerlo claro. Puedo ver el deseo en sus ojos, pero hay algo más ahí también; una reticencia, un miedo a lo desconocido.

—No lo sé —confiesa por fin—. Debería estar concentrándome en mi recital...

—Solo piénsalo, ¿vale? —susurro, tratando de mantener la decepción fuera de mi voz—.

Ya sabes dónde encontrarme.

Mientras la veo alejarse de mí, no puedo sacudirme la sensación de que algo acaba de suceder. Que de alguna manera, en el espacio de una noche lluviosa en Nueva Orleans, mi mundo ha cambiado su eje.

No sé qué pasará después, pero sí sé una cosa: no estoy lista para dejar que Amanda se escape tan fácilmente.

Capítulo 3

Amanda

Mi corazón retumba como un timbal mientras me acerco a Preservation Hall, su exterior desgastado contrasta con las mariposas que causan estragos en mi estómago. No sé qué me aterra más: la idea de que Jazz no aparezca, o la posibilidad de que sí lo haga. La semana pasada ha sido un torbellino de emociones contradictorias: emoción, miedo y un anhelo que no puedo explicar del todo, pero que no sentía desde que era una adolescente. Al doblar la esquina, la veo apoyada contra el edificio, bañada por el cálido resplandor de las farolas. Se me corta la respiración. Está aquí.

Su rostro se ilumina al verme, y de repente, toda mi aprensión se desvanece. Se separa de la pared y camina hacia mí, sus rizos rebotando sobre los hombros con cada paso.

—¡Amanda! —susurra, envolviéndome en un abrazo que se siente demasiado natural para alguien a quien solo he visto cos veces antes. El aroma de su perfume; algo picante y exótico, inunda mis sentidos—. Empezaba a pensar que me habías dado plantón —añade, regalándome una sonrisa encantadora.

Me aparto, sintiendo que mis mejillas se ponen rojas.

—Lo siento, yo... la verdad es que me perdí un poco cuando venía hacia aquí. El trazado de esta ciudad todavía me confunde a veces.

Jazz sonríe, sus ojos brillan con una alegría contagiosa.

—Bueno, por suerte para ti, tienes como guía a una auténtica experta en Nueva Orleans esta noche. Pégate a mí, pequeña, y nunca más te perderás.

El uso casual que hace de la palabra “pequeña” me llama la atención. Estoy casi segura de que tenemos la misma edad, pero hay algo en su tono de voz que consigue calmarme. No me está tratando con condescendencia; si acaso, sus palabras suenan como una invitación juguetona.

—¿Eso es una promesa? —pregunto, sorprendiéndome a mí misma por el tono de coqueteo en mi voz.

—Lo juro por mi vida —bromea, llevándose una mano abierta al corazón—. Ahora, ¿estás lista para escuchar auténtico jazz de Nueva Orleans?

Asiento lentamente con la cabeza y siento cómo la emoción burbujea en mi interior. Jazz toma mi mano y la aprieta, tirando ligeramente de mí; otro gesto que se siente demasiado natural, y me guía al interior del Preservation Hall. Está tenuemente iluminado, con bancos de madera gastados frente a un pequeño escenario. El aire está cargado de anticipación y las notas persistentes de innumerables actuaciones pasadas.

Encontramos asientos cerca de las primeras filas, nuestras piernas apretadas en el estrecho espacio, aunque me siento inusualmente cómoda. Soy demasiado consciente de cada punto de contacto entre nosotras, desde nuestros hombros hasta nuestras rodillas. Jazz se inclina para hablarme al oído y su aliento me hace cosquillas.

—Estás a punto de vivir algo especial —susurra—. La Preservation Hall Jazz Band es legendaria. Han mantenido vivo el jazz tradicional durante generaciones.

Como si fuera una señal, los músicos suben al escenario. Las primeras notas de un clarinete llenan el aire, pronto acompañadas por una trompeta, trombón, piano, bajo y

batería. La melodía me envuelve como una cálida manta, y pronto me encuentro balanceándome con el ritmo, como si formase parte de él.

Jazz me da un suave codazo.

—¿Ves? Te dije que era algo especial.

Me giro hacia ella, lista para darle la razón, pero las palabras mueren en mi garganta. En la luz tenue, con la música creciendo a nuestro alrededor, Jazz se ve... luminosa. Sus ojos están cerrados, una pequeña sonrisa juega en sus labios mientras se pierde en la música, mientras se deja poseer por ella. Sin pensarlo, extiendo la mano y cojo la suya, entrelazando nuestros dedos.

Sus ojos se abren de golpe, la sorpresa evidente en la expresión de su rostro. Pero luego sonríe, una sonrisa suave e íntima que hace que mi corazón se salte varios latidos.

Pasamos el resto del concierto así, con las manos unidas, nuestros cuerpos balanceándose al unísono con el ritmo de la música. Es la conexión más profunda que he sentido con otra persona en... bueno, posiblemente nunca en toda mi vida. Darme cuenta de ello es algo a la vez emocionante y aterrador.

Cuando las últimas notas se desvanecen y el público estalla en aplausos, Jazz se vuelve hacia mí, sus ojos repletos de lágrimas por la emoción.

—¿Y bien? ¿Qué te ha parecido? —inquiere, apretando mi mano entre las suyas.

Hago una breve pausa. Lucho por encontrar palabras que puedan expresar de manera adecuada las emociones que se arremolinan dentro de mí.

—Fue... fue increíble. Nunca había escuchado nada parecido —confieso, asintiendo lentamente con la cabeza.

Jazz sonríe, una sonrisa radiante.

—Sabía que te gustaría. Oye, ¿te apetece dar un paseo? La noche aún es joven, y hay un lugar precioso junto al río donde podemos ver las estrellas —propone.

Una parte de mí, la parte cautelosa y responsable que ha guiado la mayoría de mis decisiones en la vida, quiere declinar. Es tarde, tengo una larga sesión de práctica por la mañana, apenas conozco a esta mujer... Pero, perdida en su mirada, observando la esperanza y la emoción en esos ojos negros, me sorprendo a mí misma asintiendo como una tonta.

—Me encantaría —suspiro.

Salimos del Preservation Hall hacia la cálida noche de Nueva Orleans. Jazz mantiene mi mano unida a la suya mientras navegamos por las calles repletas de gente. Su tacto es un ancla en el mar de turistas y lugareños que disfrutan de la animada vida nocturna de esta ciudad.

—Entonces —interrumpe cuando giramos hacia una calle más tranquila—. Cuéntame más sobre ese gran recital tuyo. ¿Estás nerviosa?

Suelto una risa temblorosa.

—Creo que aterrorizada sería una palabra más acertada. Es... es una oportunidad enorme. Si sale bien, podría abrirme muchas puertas de cara a mi futuro en la música —admito.

Jazz aprieta mi mano y sonríe.

—¿Y si no?

La pregunta me pilla desprevenida. No es algo que me haya ni siquiera permitido considerar.

—Yo... no lo sé —admito, encogiéndome de hombros—. Supongo que tendría que replanteármelo todo. Sería un golpe muy duro.

Llegamos al paseo del río, el Mississippi se extiende ante nosotras como una cinta oscura.

Jazz me guía hasta un banco bajo un sauce llorón, sus ramas crean una cortina de privacidad a nuestro alrededor.

—¿Puedo preguntarte algo? — inquiere, su voz inusualmente seria.

—Claro.

—¿Tú qué quieres, Amanda? No lo que quieren tus padres, o tus profesores del conservatorio, o cualquier otra persona. ¿Qué es lo que tú quieres?

La pregunta me golpea como un puñetazo en el estómago. Abro la boca para responder, a continuación la cierro de nuevo. ¿Qué quiero? He pasado tanto tiempo intentando cumplir las expectativas de los demás que ya no estoy segura de saberlo.

—Yo... yo quiero tocar —admito por fin, las palabras suenan extrañas al salir de mi garganta—. No solo piezas clásicas, no solo lo que se espera de mí. Quiero crear algo nuevo, algo que sea mío, que nadie lo haya escuchado con anterioridad.

—Eso suena precioso, Amanda. Y aterrador como el mismo infierno, seguramente — confiesa, acariciando mi espalda con suavidad.

Río, sintiendo que las lágrimas amenazan con asomar en las esquinas de mis ojos.

—No tienes ni idea de lo hermoso y aterrador que suena. Toda mi vida ha girado en torno a convertirme en pianista clásica. Es lo que mis padres siempre han querido para mí. La idea de decepcionarlos...es…

—Oye —me corta, extendiendo la mano para acariciar mi mejilla. El contacto envía un escalofrío por mi columna—. Tienes derecho a querer cosas por ti misma. Tienes derecho a cambiar de opinión, a explorar, a equivocarte, a descubrir quién eres más allá de las expectativas de los demás.

Sin apenas darme cuenta, me inclino hacia su caricia, abrumada por el brillo en sus ojos.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunto—. ¿Cómo encontraste el valor para seguir tu propio camino?

Jazz ríe, una risa sincera y contagiosa.

—¿Quién dice que lo he hecho? Todavía estoy descubriéndolo, día a día. Pero sé que cuando toco, cuando creo música que sale de mi alma... es cuando me siento más viva, cuando soy plenamente feliz. Y creo que eso es algo por lo que merece la pena luchar.

Estamos tan cerca ahora, nuestros rostros a pocos centímetros de distancia. Puedo ver las motas doradas en los ojos marrones de Jazz, puedo sentir el calor de su aliento en mi piel. El tiempo parece ralentizarse, el mundo se reduce a este momento, solo a nosotras.

Jazz se inclina lentamente, dándome tiempo de sobra para apartarme si quiero. Pero no quiero. Por primera vez en mi vida, sé exactamente lo que deseo.

Cierro la distancia entre nosotras, presionando mis labios contra los suyos. El beso es suave al principio, tentativo, pero luego la su mano se desliza entre mi pelo y de repente, es todo menos gentil. Es calor y pasión. Un futuro lleno de posibilidades, y no quiero que termine nunca.

Cuando finalmente nos separamos, ambas estamos sin aliento. Jazz apoya su frente contra la mía, una sonrisa aparece en las comisuras de su boca.

—Vaya —susurra.

—Sí —coincido, incapaz de formar un pensamiento más coherente mientras recupero el aliento.

Jazz se aparta ligeramente y sus ojos buscan los míos.

—¿Vienes a mi casa? —suspira—. No tenemos que hacer nada con lo que no te sientas cómoda. Solo... no estoy lista para que esta noche se termine—admite mientras acaricia mi

mejilla con el reverso de su mano.

Dudo, el deseo lucha contra mi habitual cautela. Esto es una locura, grita una voz en mi cabeza. Apenas la conoces. Tienes responsabilidades, compromisos. No puedes tirar todo por la borda por una cara bonita y algo de música.

Pero observando sus ojos, sintiendo aún el fantasma de su beso en mis labios, me doy cuenta de algo: por primera vez en mi vida, quiero actuar con un poco de locura.

Asiento, cogiendo su mano mientras me ayuda a ponerme de pie.

—Vamos —indico, mi voz más firme de lo que en realidad siento.

Capítulo 4

Jazz

La suave luz de la mañana que se filtra a través de las cortinas baña el cuerpo desnudo de Amanda en un hermoso resplandor dorado, y por un momento, hasta me olvido de cómo respirar. Me he despertado junto a muchas mujeres antes, pero esto... esto de algún modo se siente diferente.

Mi corazón da un vuelco dentro de mi pecho mientras absorbo la visión de su desnudez: el cabello revuelto, el rostro relajado en el sueño, una mano curvada suavemente sobre la almohada entre nosotras. La noche anterior regresa como una marea de recuerdos: la música, el paseo bajo la luna, el beso que lo cambió todo, el maravilloso sexo que le siguió al llegar a mi casa. Y ahora aquí está, en mi cama, luciendo como una especie de Bella Durmiente moderna. Solo que yo no soy ningún Príncipe Azul, soy solo Jazz, la chica que siempre ha sido mucho mejor en las despedidas que en los buenos días.

Como si sintiese mi mirada, los párpados de Amanda se abren perezosos. Por un segundo, la confusión se refleja en su mirada seguida de una sonrisa tímida que convierte mis piernas en gelatina.

—Hola —susurra, su voz aún ronca por el sueño.

—Buenos días, preciosa —murmuro como respuesta, estirándome para colocar un mechón rebelde detrás de su oreja—. ¿Has dormido bien?

Amanda asiente y sus mejillas se sonrojan de un modo adorable.

—Mejor que en... bueno, tal vez nunca. De maravilla —reconoce.

No puedo evitar la sonrisa que se extiende por mi rostro.

—Así de bien, ¿eh? Debe ser mi colchón mágico. —bromeo—. Me costó un montón convencer a las brujas para que me lo vendiesen.

Ella pone los ojos en blanco, pero sin enfado.

—Estoy segura de que no tiene nada que ver con la compañía o con las cosas que me hiciste antes de dormir —susurra, deslizando la punta del dedo índice por mis labios.

—No, es el colchón; es mágico. Duermes como un tronco y el sexo sobre él es mejor. Me lo aseguraron las brujas —insisto.

Amanda ríe, y el sonido de su risa cada vez me gusta más.

—Eres idiota, ¿lo sabías?

—Es una pequeña parte de mi encanto —bromeo, antes de inclinarme para dejar un suave beso en sus labios.

Pretendo que sea rápido, solo un piquito de buenos días, pero su mano sube para acunar mi cuello, manteniéndome en mi lugar mientras profundiza en el beso.

—¿Te apetece desayunar algo? Hago una tortilla increíble.

Amanda se muerde el labio, parece indecisa.

—Suena maravilloso, pero... probablemente debería irme. Tengo sesión de práctica más tarde, y...

—Quédate —suelto sin pensar, sorprendiéndome incluso a mí misma.

Esta no soy yo: no hago mañanas después del sexo, no pido a las chicas que se queden. No preparo el desayuno para nadie, ni siquiera para mí misma. Pero la idea de que Amanda

se vaya hace que algo se retuerza dolorosamente en mi pecho

— Quiero decir, si quieres. Podríamos ir a comer algo fuera, si no te fías de mi tortilla. Cerca de aquí hay un lugar genial, The Court of Two Sisters. Los mejores Huevos Benedict de la ciudad.

Amanda duda, y por un momento estoy segura de que va a decir que no. Pero entonces su rostro se suaviza y asiente lentamente con la cabeza.

—De acuerdo. Lo de ir a comer algo fuera suena bien. Y no es que no me fíe de que cocines bien —añade con una sonrisa.

—¡Genial! Pero primero... —me interrumpo, dejando que mi mirada se dirija hacia el baño—. ¿Te apetece acompañarme en la ducha? Ya sabes, es por ahorrar agua, no es que pretenda nada inapropiado.

—Estoy segura de que no quieres continuar lo de ayer por la noche —murmura, tirando de mí para besarme de nuevo.

En lugar de responder, me deslizo desnuda fuera de la cama en dirección al baño. En la puerta, me vuelvo, arqueando una ceja.

—¿Vienes?

—Creo que no me lo perdería por nada del mundo —susurra, saliendo con pereza de la cama.

El baño se llena de vapor mientras ajusto la temperatura del agua, hipersensible a la presencia de su cuerpo desnudo pegado al mío.

—Si no te apetece, lo entiendo, ¿vale? Esto puede ser solo una ducha —susurro a su oído, colocando las manos en sus caderas para atraerla hacia mí.

—Prueba a dejarme solo con una ducha —bromea, mordiendo su labio inferior y colando una mano entre mis piernas.

—Guau —exclamo antes de balancearme sobre sus dedos mientras nos besamos.

El agua caliente cae sobre nosotras mientras nuestras manos exploran. Siento sus pezones rozando los míos, sus dedos buscando mi sexo mientras aprieto sus nalgas.

—Espera, tigresa, deja que te dé un poco de mimos —susurra, echando una buena cantidad de gel en su mano.

A continuación, me da la vuelta y enjabona mis hombros con una suavidad infinita. Desliza sus por mi espalda, frotando su sexo en mi culo al tiempo que acaricia mis pezones entre sus dedos y debo apoyarme en la pared para no caer.

—Amanda —suspiro al sentir dos de sus dedos en mi interior.

—¿Te gusta así?

—Ya sabes que sí —confieso al sentir su mano libre presionando mi clítoris.

—¿Estás segura de que no prefieres que pare? —bromea.

—Creo que dormiría esta noche en la cárcel si lo haces —confieso con la respiración entrecortada.

Y ahí se acaba nuestra conversación, porque lo que sigue son tan solo gemidos, jadeos y algún que otro grito de placer. Mis piernas tiemblan al sentir que estoy a punto de llegar al clímax, mientras que Amanda continúa frotándose contra mi nalga, mordiendo mi cuello, gimiendo junto a mi oído, dejándose llevar por el deseo.

Cuando alcanzo el orgasmo, lo hago con un grito que suena sospechosamente como su nombre, con sus dedos tirando de mi melena para lamer mi mandíbula.

—Siéntate en el borde de la bañera —sugiero, señalando hacia ese lugar.

Amanda sonríe. Se sienta y abre las piernas, doblando una de ellas para dejar a la vista un

sexo precioso, brillando de excitación. Se acaricia los pechos mientras me coloco entre sus piernas. Pellizca los pezones al sentir mi aliento en su clítoris, mueve las caderas contra mi lengua en cuanto empiezo a lamer su sexo, enraizando los dedos en mi pelo, empujándome contra su cuerpo mientras gime mi nombre.

—¡Joder! Eso fue… increíble —grita cuando alcanza el orgasmo, acariciando mi melena mientras lleno de besos el interior de sus muslos.

Cuando finalmente salimos de la ducha, las yemas de nuestros dedos están ya arrugadas, pero ambas estamos completamente satisfechas. Mientras nos secamos y vestimos, me maravillo de lo fácil que está siendo todo esto. Normalmente, estoy ansiosa por sacar a mi conquista de la noche por la puerta, de no volver a verla salvo raras excepciones. Nunca he sido buena con las relaciones, solo me dan problemas, pero con Amanda... con Amanda no quiero que se vaya.

Nunca.

El pensamiento debería aterrorizarme, pero, por algún motivo que desconozco, no lo hace.

Llegamos a The Court of Two Sisters justo cuando están cambiando del desayuno al brunch. La anfitriona nos guía a una mesa apartada en la esquina del patio, guiñándome un ojo mientras nos entrega los menús.

—¿Amiga tuya? —pregunta Amanda, alzando una ceja.

Me encojo de hombros, sintiéndome de repente un poco avergonzada.

—Puede que haya traído una cita o dos aquí antes.

—Una cita o dos, ¿eh? —No hay juicio en su tono, solo ligera diversión—. Entonces, ¿soy solo otra muesca en el cabecero de tu cama? ¿O llevas algún diario secreto donde apuntas qué tal folla cada una? Espero que me pongas buena nota —bromea.

La pregunta está claramente destinada a ser una broma, pero hay un trasfondo de vulnerabilidad que hace que duela. Extiendo la mano a través de la mesa, cogiendo la suya y apretándola ligeramente.

—No —susurro, buscando su mirada—. Tú eres... eres diferente. Especial.

—Ya, claro. ¿Tienes ese tipo de frases ensayadas frente al espejo? Porque la miradita que me has puesto al decirla te quedó muy creíble.

—Sé que no me vas a creer, pero en estos momentos estoy siendo totalmente sincera contigo y lo cierto es que me asusta un montón —reconozco, mordiendo mi labio inferior.

—No sé qué decir, Jazz. Tú eres la… eres la primera mujer con la que he…

—¿Follado?

—Iba a decir hecho el amor, pero sí. Eres la primera. Había besado a un par de ellas, pero nunca había pasado de ahí. Tampoco creas que tengo mucha experiencia con hombres —se asegura a puntualizar—. El piano ocupa gran parte de mi vida.

—La experiencia está sobrevalorada —mascullo con una sonrisa, cogiendo de nuevo su mano—. ¿Qué tal se tomaría tu familia esto si seguimos adelante?

Su rostro cambia de inmediato, se pone tensa y me arrepiento de haber hecho la pregunta.

—Lo siento —me apresuro a decir—. No tenemos que hablar de ese tipo de cosas, vaya manera de estropear el desayuno.

—No, está bien —suspira resignada—. Es solo que... bueno es complicado y sinceramente ni siquiera lo sé. Mis padres siempre han tenido esta visión muy específica de mi vida, ¿sabes? Pianista clásica, casada con un buen hombre, con buena posición económica, dos o tres hijos y una casa con valla blanca. No estoy segura de cómo encaja en

ese cuadro una música de jazz lesbiana.

—Música de jazz callejera —puntualizo con un guiño de ojo.

—Bueno, pues eso…

—Oye, no les debes una explicación, ¿vale? Tu vida es tuya para vivirla como quieras. Ya eres mayor para tomar tus propias decisiones. No pretendo meterme en donde no me llaman, pero debes empezar a vivir para ti.

Amanda me ofrece una débil sonrisa.

—Fácil para ti decirlo. Apuesto a que tu familia es súper aceptante, ¿verdad?

No puedo evitar reírme de su comentario.

—Oh, cariño, no tienes ni idea. Mi abuela todavía intenta emparejarme con "buenos chicos, nietos de sus amigas" cada vez que la visito. No les hizo ninguna gracia cuando salí del armario. Vengo de un pueblo muy conservador de Alabama. Tampoco les hizo gracia que me dedicase a la música por las calles. Pero al final del día, me quieren por quien soy. Y si tu familia realmente te quiere, también lo aceptará.

—¿Y si no lo hacen? —pregunta haciéndose de pronto pequeña.

—Entonces creas tu propia familia —respondo firme—. Mira, sé que acabamos de conocernos, pero... estoy aquí para ti, ¿vale? Para lo que necesites.

—Gracias, Jazz. Eso significa más de lo que crees —murmura.

Nos interrumpe la llegada de nuestra comida; Huevos Benedict para Amanda, tostadas francesas con plátano Foster para mí. Mientras devoramos la comida, la conversación gira hacia temas más ligeros: nuestra música favorita, recuerdos de la infancia, sueños de cara al futuro. Es fácil, cómodo de una manera a la que no estoy acostumbrada. Por primera vez en mucho tiempo, me encuentro imaginando un futuro más allá del próximo día o la próxima chica que viene a pasar la noche.

Mientras terminamos nuestros cafés, una voz familiar grita cerca de nosotras.

—¿Jazz? ¿Eres tú?

Levanto la mirada para ver a Sofía, mi mejor amiga y a veces compañera de banda, acercándose a nuestra mesa. Sus ojos se abren al contemplar la escena: Amanda y yo, con las manos aún entrelazadas sobre la mesa.

—Vaya, vaya, vaya —bromea con una sonrisa llena de complicidad—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Nos vas a presentar?

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar que una sonrisa se dibuje en mis labios.

—Sofía, esta es Amanda. Amanda, esta es mi dolor de cabeza favorito, Sofía —bromeo.

—Encantada —saluda Sofía, dando a Amanda un exagerado repaso con la mirada—. ¿Cómo has logrado domar a nuestra salvaje Jazz? Porque esa miradita que te pone está llena de amor.

—Soy una caja de sorpresas —bromeo, pero siento que mis mejillas se ponen rojas bajo la mirada de mi amiga.

Por fortuna, Amanda no parece molesta. Sonríe e intercambia algún comentario con Sofía, que pronto echa a correr para unirse a un grupo de amigas.

—Lo siento —suspiro una vez que Sofía está fuera del alcance de mis comentarios—. Puede ser un poco... intensa.

Amanda niega con la cabeza, sonriendo.

—No, parece genial. Me alegra que tengas personas en tu vida que se preocupan por ti.

Hay una melancolía en su tono que hace que mi corazón duela. Antes de que pueda responder, sin embargo, su teléfono empieza a vibrar insistentemente. Ella mira la pantalla,

y observo cómo todo el color se drena de su rostro. Se queda literalmente pálida.

—¿Amanda? ¿Qué ocurre? —pregunto confusa.

Me mira, alza los ojos al cielo y deja escapar un largo suspiro antes de responder.

—Es mi padre. Quiere que vaya a una cena familiar esta noche. Joder, odio esas cenas.

Capítulo 5

Amanda

El dulce aroma de las magnolias flota en el aire cuando me adentro en el Jardín Botánico de Nueva Orleans. Mi corazón late como un baterista de jazz en Bourbon Street. Agarro una cesta de picnic con una mano, mientras con la otra me aliso el vestido, un vano intento de calmar los nervios. Esta sorpresa para Jazz lleva un par de días en preparación, y ahora que estoy aquí, me debato entre la emoción y el miedo. ¿Y si no le gusta? ¿Y si piensa que estoy presionando demasiado? Ella misma me confesó que no suele entrar en relaciones a largo plazo. ¿Es eso lo que yo busco? Estoy hecha un lío.

La veo junto a la fuente, y se me corta la respiración. Está preciosa, la luz del atardecer resalta los reflejos ámbar de su pelo. Aún no me ha visto, y me tomo un momento para observarla, para memorizar cómo echa la cabeza hacia atrás, riendo por algo que ha visto en su teléfono. Dios, es preciosa.

Respiro hondo y avanzo.

—Hola, desconocida —susurro al acercarme a ella, mi voz un poco temblorosa.

Jazz se gira y sonríe, observa confusa la cesta de picnic y mi sonrisa nerviosa.

—¡Amanda! —exclama, su rostro se ilumina como el Barrio Francés por la noche—. ¿Qué es todo esto?

Levanto la cesta, sonriendo.

—¿Sorpresa?

Antes de que pueda decir otra palabra, Jazz acorta la distancia entre nosotras, atrayéndome para un beso que me hace enroscar los dedos de los pies. Sus labios son suaves, con un ligero sabor a bálsamo de cereza. Mi mano libre se apoya en su cintura, y juro que puedo sentir chispas bailando sobre mi piel en cada sitio que nos tocamos. Es tierno, es apasionado, es... todo.

Cuando nos separamos, estoy sin aliento y un poco mareada. Sus ojos brillan mientras me mira y una sonrisa traviesa se dibuja en sus labios.

—La mejor sorpresa de la historia —murmura.

Río, sintiéndome más feliz de lo que me he sentido en días.

—Ven —digo, cogiendo su mano y tirando de ella—. Conozco el lugar perfecto.

Serpenteamos por el jardín, pasamos junto a vibrantes canteros y fuentes, hasta que llegamos a un área apartada bajo un enorme magnolio. Sus hojas proporcionan un dosel de sombra, y la hierba debajo es suave y acogedora.

—Esto es perfecto —admite, descalzándose y ayudándome a extender la manta—. ¿Cómo encontraste este lugar?

Me encojo de hombros, tratando de parecer indiferente.

—Oh, ya sabes... tengo mis métodos.

En realidad, había pasado horas ayer recorriendo el jardín botánico para encontrar los mejores lugares, buscando la ubicación perfecta. Pero Jazz no necesita saber eso.

Mientras nos acomodamos en la manta, empiezo a sacar el contenido de la cesta.

—Tenemos fresas, champán, algo de queso y galletas... oh, y estas cositas de chocolate que el tipo de la panadería juró que “conseguirían que mi chica se desmayase” de lo buenas

que están.

Jazz se ríe con mi comentario y el sonido es como música para mis oídos.

—Bueno, considérame ya desmayada, aunque se me ocurren otro tipo de cosas que podrías hacerme para que me desmaye —bromea con un guiño de ojo lleno de picardía.

—Eso viene más tarde —le aseguro—. Porque hablas de que toque el piano para ti, ¿verdad?

—Estaba pensando más bien en tu lengua entre mis piernas, pero bueno —sonríe, poniendo los ojos en blanco.

Sonrío yo también, aunque siento un cosquilleo en la parte baja del vientre que me gustaría aliviar. Sirvo una copa de champán para cada una y luego cojo entre mis dedos una fresa.

—¿Puedo? —pregunto, con voz ronca acercando la fresa a su boca.

Jazz asiente, sus ojos clavados en los míos mientras separa los labios. Coloco suavemente la fresa en su boca, la punta de mis dedos rozando su labio inferior y excitándome mucho más de lo que debiera. Ella le da un mordisco, una gota de jugo escapa por su barbilla y, sin pensar, me inclino y la beso para limpiarla.

—Mmm —murmura, tragando la fresa y cerrando los ojos—. Deliciosa. Pero creo que necesito otro sabor.

Me atrae para otro beso, más profundo esta vez, y puedo saborear la dulzura de la fresa en su lengua.

Nos alimentamos mutuamente entre besos, riendo como dos adolescentes a escondidas. Es embriagador, esta burbuja que empezamos a crear. Por un momento, puedo olvidarme de todo lo demás: mi familia, mis miedos, la presión constante de destacar como pianista clásica. Aquí, con Jazz, soy simplemente... yo.

—¡Oh! —exclama de repente, estirando el brazo para alcanzar un gran bolso—. Casi lo olvido. Yo también he traído algo.

De pronto, saca un ukelele y yo arqueo una ceja.

—¿Tocas el ukelele?

—Un poco, comparado con el piano es muy sencillo, pero sí, toco un montón de instrumentos, ninguno con tu nivel de técnica, aunque me defiendo bastante bien —añade con un guiño de ojo—. ¿Alguna petición?

Finjo pensar intensamente.

—¿Qué tal... algo dulce? ¿Como la chica que lo toca?

Jazz pone los ojos en blanco, pero puedo ver el rubor que se extiende ligeramente por sus mejillas.

—Las palabras bonitas no conseguirán mucho conmigo —murmura, pero empieza a rasguear de todos modos.

Su voz, cuando comienza a cantar, es suave y un poco ronca. Es una canción de amor que reconozco vagamente, algo sobre estrellas alineadas y corazones entrelazados. Pero es la forma en que me mira mientras canta lo que me deja sin aliento. Hay tanta emoción en sus ojos, tanto... ¿amor?

Estoy tan absorta en el momento que no me doy cuenta de la pequeña multitud que se está reuniendo hasta que empiezan a aplaudir. Cuando termina, no puedo evitar sonreír con orgullo. Ella agacha la cabeza y saluda a la gente, acostumbrada a que se paren a escucharla en las calles, pero la atraigo para un beso rápido.

—Eso fue hermoso —susurro contra sus labios.

Mientras la multitud se dispersa, el sol comienza a descender en el cielo, pintando todo con cálidos tonos dorados. Jazz se recuesta contra el tronco del árbol, atrayéndome para que apoye la cabeza en su pecho. Puedo sentir el latido constante de su corazón, un ritmo reconfortante.

—Esta tarde ha sido perfecta —murmuro, trazando patrones en su brazo—. Gracias por... por ser tú.

Jazz besa la parte superior de mi cabeza.

—Te quiero —suspira por primera vez y mi corazón se salta varios latidos al escucharla —. ¿Cómo estás realmente? ¿Después de la cena con tu familia? —inquiere bajando la voz.

Me tenso involuntariamente, el recuerdo de la mirada desaprobadora de mi padre cruza por mi mente. Jazz debe sentirlo aunque no vea mi cara, porque aprieta sus brazos a mi alrededor.

—Fue... tenso —admito con un suspiro—. Mi padre, él... no dijo nada directamente, pero podía sentir su desaprobación irradiando de sus ojos en oleadas. Mi madre intentó mantener las cosas ligeras, pero... no sé. Se sentía como un enorme elefante en la habitación que nadie quería reconocer.

Jazz permanece callada por un momento, sus dedos acarician suavemente mi cabello.

—Lo siento —dice finalmente—. Eso debe haber sido realmente difícil.

Asiento, sintiendo un nudo formarse en mi garganta.

—Lo peor de todo es que no fue solo que seas una mujer. El problema es… bueno, a lo que te dedicas. Para mis padres es casi un sacrilegio. Solo... desearía poder hacerles entender. Que esto, que tú... no es eres una fase o una rebelión. Lo que siento por ti es... es quien soy.

—¿Has pensado en decírselo? ¿Decírselo de verdad?

Suelto una risa hueca, nerviosa.

—Cada día. Y cada día, me acobardo. Estoy... tengo miedo, Jazz. ¿Y si no pueden aceptarlo? ¿Y si... y si los pierdo? Para ellos, cualquier cosa que amenace mi futuro como pianista clásica es un insulto.

—Eh —suspira, levantando mi barbilla entre sus dedos para mirarme a los ojos—. No los perderás. Te quieren. Y aunque... aunque les tome tiempo entenderlo, no estarás sola. Me tienes a mí, ¿vale? Siempre. Siempre me tendrás a tu lado —me asegura.

Nos sentamos en un silencio cómodo por un rato, observando cómo el cielo pasa del dorado al rosa y finalmente al púrpura profundo. Por mucho que quiera quedarme en este momento para siempre, sé que debemos empezar a recoger.

—Probablemente deberíamos irnos —admito a regañadientes, incorporándome.

Jazz asiente, ayudándome a recoger nuestras cosas. Mientras doblo la manta, mi teléfono vibra en mi bolsillo. Probablemente mi madre llamando para ver cómo estoy, pienso con un suspiro.

Pero cuando saco mi teléfono, veo que es un correo electrónico. De la Orquesta Sinfónica de Nueva Orleans.

Mi corazón empieza a acelerarse mientras lo abro, escaneando el contenido con rapidez. Es una oferta. Una grande. Una oportunidad de hacer una gira con una prestigiosa orquesta europea durante seis meses, comenzando... joder, comenzando el mes que viene.

—¿Amanda? —la voz de Jazz suena lejana—. ¿Qué pasa? Parece que hubieses visto un fantasma.

La miro, mi mente dando vueltas sin parar. Esto es todo por lo que he trabajado, una

oportunidad única en la vida. Pero seis meses lejos... de Jazz, de todo lo que estamos construyendo... Podría ser el principio del fin. ¿Me esperaría tanto tiempo?

—Yo... he recibido una oferta —confieso, mi voz apenas por encima de un susurro—. Para hacer una gira con una orquesta en Europa. Durante seis meses.

Jazz abre los ojos y una mezcla de emociones cruza su rostro demasiado rápido para que pueda leerlas.

—Vaya —suspira—. Amanda, eso es... ¡eso es increíble!

Pero hay algo en su voz, un ligero quiebre que hace que mi corazón se encoja. Alcanzo su mano, entrelazando nuestros dedos y la aprieto antes de besarla.

—Sí —admito, tratando de sonreír—. Es... es mucho para procesar.

Capítulo 6

Jazz

El río Mississippi susurra secretos bajo el Steamboat Natchez, pero lo único que escucho es el estruendo de mi propio corazón en cuanto Amanda pisa la pasarela. Está preciosa en un vestido azul medianoche que abraza sus curvas como si fuese una segunda piel, su cabello rubio miel cayendo sobre el hombro derecho. Por un momento, me olvido hasta de cómo respirar. ¿Cómo es posible que esta mujer: brillante, hermosa y compleja pueda robarme el corazón de este modo? ¿Y cuán cruel es el universo que podría arrebatármela justo cuando la he encontrado?

—¡Jazz! —saluda, abriéndose paso entre la multitud—. Estás preciosa.

Logro sonreír, tratando de ignorar el nudo en mi estómago.

—Mira quién habla. Esta noche vas a avergonzar a las estrellas.

Amanda se sonroja, bajando la cabeza.

—Eres una cursi —murmura, pero puedo ver esa hermosa sonrisa en sus labios.

Nos conducen a nuestra mesa, un rincón acogedor cerca de la ventana con una vista perfecta del río. Las velas parpadean entre nosotras, iluminando su rostro. Se ve casi etérea bajo esta luz, y tengo que resistir el impulso de extender la mano y tocarla, para asegurarme de que es real.

—Entonces —comienzo, jugueteando nerviosa con mi servilleta—. ¿Cómo te sientes con... todo, ya sabes todas estas novedades en tu vida?

Su sonrisa flaquea por un momento.

—Yo... no estoy segura, si te digo la verdad. Todo está sucediendo demasiado rápido, ¿sabes? Un minuto estoy tratando de averiguar cómo salir del armario con mis padres y decirles que me quiero ir a vivir con una chica que toca música en las calles, y al siguiente...

—Al siguiente te ofrecen la oportunidad de tu vida para tocar seis meses en Europa en una prestigiosa orquesta —termino por ella.

—Jazz, yo...

Pero nos interrumpe el camarero, un joven alegre con el pelo algo alborotado y un marcado acento de Nueva Orleans.

—¡Buenas noches, señoritas! ¿Puedo empezar trayéndoles algo de beber? —pregunta con educación.

Cuando se aleja a por las bebidas, un silencio incómodo se instala entre nosotras. Es ridículo, nunca hemos tenido problemas para hablar antes. Pero ahora, con todo esto del viaje a Europa durante seis meses justo cuando nos estamos conociendo, cada palabra se siente extraña.

—Así que —interrumpe Amanda, claramente buscando un tema seguro de conversación —. ¿Cómo ha ido el día?

—Ya sabes. Lo de siempre. Turistas, niños que vienen a toquetear mi piano, más o menos lo de todos los días.

La pregunta da pie a que caigamos en un ritmo de conversación más fácil. Tras eso, intercambiamos historias y bromas. Pero debajo de todo, puedo sentir una corriente de incertidumbre. Está ahí en la forma en que la risa de Amanda a veces se corta de manera

abrupta, en la forma en que sus ojos ocasionalmente se desvían hacia la ventana, perdida en sus pensamientos.

Cuando terminamos nuestros platos principales, ya no puedo soportarlo más.

—Amanda —susurro, extendiendo la mano a través de la mesa para tomar la suya—. Háblame. ¿Qué piensas de todo esto?

Suspira, sus dedos entrelazándose con los míos y apretándolos ligeramente.

—¿Honestamente? Estoy aterrada. Esta oportunidad... es todo lo que siempre he soñado. La oportunidad de tocar con una orquesta de nivel mundial, de ver Europa... Pero...

—¿Pero? —la incito suavemente.

—Pero tengo miedo de lo que podría perder —susurra, sus ojos encontrándose con los míos—. Mi familia, mi hogar... a ti. Sobre todo a ti. Quizá no vuelva nunca o si vuelvo… quizá otra ocupe tu corazón.

—Oye —corto, apretando su mano—. No me vas a perder. No importa lo que decidas, estoy aquí. ¿Vale?

Amanda asiente, parpadeando en un intento por contener las lágrimas.

—Es que... no sé cómo elegir.

Antes de que pueda responder, la banda de música comienza una melodía lenta y sensual. Me pongo de pie, tirando de su brazo para que se levante.

—Ven —propongo—. Bailemos.

Nos abrimos paso hasta la pequeña pista de baile, donde las parejas se balancean bajo el cielo estrellado. Atraigo a Amanda hacia mí, una mano en su cintura, la otra entrelazada con la suya. Apoya su cabeza en mi hombro, y respiro el aroma de su perfume.

—¿Sabes? —murmuro mientras nos balanceamos al ritmo de la música—. Mi abuela solía decir que bailar era la mejor manera de resolver los problemas. “Cuando tus pies se mueven”, decía, “tu cabeza no puede interponerse”.

Amanda ríe suavemente al escuchar mis palabras.

—Tu abuela era muy sabia —suspira, besando mi cuello con suavidad.

—Lo era. Loca como una cabra, pero muy sabia —admito con una sonrisa.

Bailamos en silencio por un rato, dejando que la música y el suave balanceo del barco nos envuelvan. Intento memorizar cada detalle de este momento: el calor del cuerpo de Amanda contra el mío, la forma en que su cabello me hace cosquillas en la mejilla, el sonido suave de su respiración.

—Jazz —murmura de repente, alejándose un poco para mirarme—. Necesito que sepas algo.

Mi corazón da un vuelco.

—¿Qué?

—Yo... —toma una respiración profunda—. Me estoy enamorando de ti. Y eso me asusta más que cualquier otra cosa.

Por un momento, olvido cómo hablar. Luego, sin pensar, la atraigo hacia mí para besarla. Es un beso profundo y desesperado, lleno de todas las palabras que no puedo decir. Cuando finalmente nos separamos, ambas estamos sin aliento.

—Yo ya estoy enamorada de ti, así que te llevo ventaja —susurro contra sus labios—. Y me aterroriza, porque las relaciones no son precisamente mi especialidad.

Asiente, luego mira alrededor. La pista de baile se ha despejado en su mayoría, todos volviendo a sus mesas para el postre.

—Jazz —sisea junto a mi oído, su voz baja y ronca—. ¿Hay... hay algún lugar más

privado al que podamos ir?

Mi pulso se acelera al escucharla.

—Creo que conozco un sitio —asiento.

De la mano, nos escabullimos de la cubierta principal, riendo como adolescentes mientras navegamos por los estrechos pasillos del barco de vapor. La llevo hasta un rincón apartado cerca de la popa, oculto de la vista por un montón de salvavidas apilados y rollos de cuerda.

Tan pronto como estamos a solas, Amanda me atrae hacia ella, sus labios buscando los míos. El beso es hambriento, desesperado, lleno de toda la emoción que hemos estado conteniendo durante la cena. Mis manos recorren su cuerpo, trazando las curvas con las que he estado soñando cada noche cuando no la tengo a mi lado.

—Jazz —jadea mientras dejo un rastro de pequeños besos por su cuello—. No deberíamos... ¿crees que alguien podría...?

—Shh —murmuro contra su piel—. Seremos discretas.

Levando su vestido y cuelo la mano derecha entre sus piernas, Acaricio la fina tela de sus bragas, ya húmeda de deseo mientras Amanda muerde mi hombro para ahogar un gemido.

Ella hace lo mismo, aprieta mis nalgas con una mano al tiempo que la otra busca mi sexo. La cuela por debajo de mis bragas, frotando mi clítoris, haciendo pequeños círculos mientras que ambas encontramos un ritmo perfecto, cada una cabalgando sobre los dedos de la otra.

Araña mis nalgas mientras trata de no gemir, me da un par de azotes cariñosos en el culo que me vuelven loca y debo suplicarle que no pare cuando estoy a punto de tener un orgasmo.

—Aguanta un poco más, por favor —suspira antes de morder mi cuello.

Hago lo que me pide, curvo los dedos, ella dobla la pierna derecha, apoyándola en uno de los salvavidas para que pueda llegar mejor. Gotas de placer resbalan por mi mano y, antes de que me quiera dar cuenta, se agarra a mí con fuerza mientras se deja llevar en un intenso clímax.

—¿Estás bien? —susurro con la respiración entrecortada.

Asiente, y una preciosa sonrisa se extiende por su rostro. —Más que bien. Eso fue...

—Sí —coincido, sonriendo—. Lo fue.

Nos tomamos nuestro tiempo para volver a la mesa, robando besos y risas mientras nos ayudamos mutuamente a arreglar la ropa arrugada.

—Mejor meto las bragas en el bolso —bromea—. Están empapadas.

Pero cuando nos acercamos a la pasarela principal, listas para desembarcar, una voz familiar nos detiene en seco.

—...necesitamos mantenerla alejada de Nueva Orleans. Alejada de esa chica. Joder, una música callejera, acabará con su carrera musical.

Amanda se congela a mi lado, su mano aprieta dolorosamente la mía. Reconocería ese tono frío y autoritario en cualquier parte a pesar de que solo lo he escuchado una vez: es su padre.

—Por supuesto, señor Sinclair —responde otra voz—. Nos aseguraremos de que la gira por Europa la mantenga ocupada. No tendrá tiempo para pensar en... distracciones.

Me giro hacia Amanda, viendo cómo el color desaparece de su rostro.

—Amanda —susurro con urgencia—. Necesitamos...

Pero antes de que pueda terminar, el padre de Amanda dobla la esquina, deteniéndose en seco cuando nos ve. Sus ojos se entrecierran, alternando entre Amanda y yo. A

continuación, baja la mirada hasta nuestras manos entrelazadas y hace un gesto de asco.

—Amanda —gruñe, su voz como hielo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Capítulo 7

Amanda

Las teclas del piano se alzan ante mí, un campo de batalla silencioso de blanco y negro. Mis dedos flotan sobre ellas, temblorosos, listos para atacar el primer acorde del Nocturno en Mi bemol mayor de Chopin. Pero la música que suele fluir de mi alma se ahoga al recordar las palabras de mi padre, resuenan en mi cabeza como una sinfonía discordante: “Es hora de madurar, Amanda. Europa o nada. Y olvídate de esa... esa música callejera.”

Cierro los ojos, rogando que las lágrimas no rueden por mis mejillas. La sala de prácticas del conservatorio se siente de repente asfixiante, las paredes se cierran como si fuesen la tapa de un ataúd. ¿Cómo llegué aquí? Hace solo dos días, estaba en el séptimo cielo, flotando por el Mississippi con Jazz en mis brazos. Ahora... ahora siento que me ahogo.

Un suave golpe me sobresalta.

—Adelante —anuncio, secándome apresuradamente los ojos.

Oliver asoma la cabeza, su habitual expresión alegre reemplazada por una clara preocupación.

—Buenos días, superestrella. ¿Estás bien? Parece que hubieras visto un fantasma... o peor, a tu padre.

Dejo escapar una risa nerviosa.

—¿Tan obvio es?

Entra, cerrando la puerta tras él.

—Amanda, ¿qué está pasando? Has estado distraída toda la mañana. ¿Pasó algo después del crucero por el río?

Tomo una respiración profunda y dejo salir el aire lentamente. A continuación, las palabras salen atropelladamente de mi garganta antes de que pueda detenerlas.

—Mi padre... odia a Jazz. Me dio un ultimátum. O voy a Europa y me olvido de ella, o me corta los fondos. No más conservatorio, no más profesores de piano, no más apoyo... nada —admito, mordiendo nerviosa mi labio inferior.

Los ojos de Oliver se abren llenos de sorpresa.

—Joder, Amanda. Eso es... es horrible. ¿Qué vas a hacer?

Niego con la cabeza, sintiéndome perdida.

—No lo sé, Oliver. Amo a Jazz. Más de lo que he amado a nadie. Pero mi familia... mi carrera... No puedo simplemente tirarlo todo por la borda, ¿verdad? La música es lo único que conozco desde que era una niña. Serían miles y miles de horas frente al piano para nada, un dineral invertido en profesores y audiciones. No sabría qué hacer.

Oliver se sienta a mi lado en el banco del piano, su hombro rozando el mío en un gesto que me reconforta.

—Mira, no puedo decirte qué hacer. Pero puedo decirte esto: nunca te he visto tan feliz como desde que conociste a Jazz. Eso tiene que contar para algo, ¿no? —susurra, alzando las cejas mientras habla.

Asiento, limpiando con el reverso de la mano una lágrima perdida.

—Lo hace. Claro que lo hace. Pero mi padre... ya le conoces, Oliver. No va a ceder. Y si elijo a Jazz, no solo lo pierdo a él. Pierdo a mi madre, a mis hermanos, todo lo que he

conocido. Sobre todo, pierdo todo esto —confieso, señalando alrededor con mi dedo índice —. Todavía necesito su apoyo económico para mejorar y hacerme un nombre en la música clásica. Casi he llegado a ese punto, pero falta un poco.

Oliver abre la boca para responder, pero un golpe seco en la puerta lo interrumpe. Se me hiela la sangre: reconocería ese toque imperioso en cualquier parte.

—¿Amanda? —llama la voz de mi padre—. ¿Estás ahí?

Le lanzo a Oliver una mirada de pánico. Él aprieta mi mano tranquilizadoramente antes de ponerse de pie.

—Tranquila —susurra—. Te cubro.

La puerta se abre y mi padre entra como un vendaval.

—Oliver, necesito hablar con mi hija. A solas —exige, clavándole la mirada.

Oliver me observa, preguntándome de manera silenciosa si quiero que se quede conmigo. Niego levemente con la cabeza. Esta es una batalla a la que debo enfrentarme sola.

Cuando Oliver abandona la sala de prácticas, cerrando la puerta tras él, mi padre se vuelve hacia mí. Su rostro es una máscara de severa desaprobación.

—¿Y bien? —pregunta—. ¿Has tomado ya tu decisión?

Trago saliva, mi garganta repentinamente seca.

—Papá, por favor. ¿No podemos hablar de esto? Jazz no es solo una fase o... o una elección de estilo de vida. La quiero.

—Esa... esa chica es una distracción, una que podría arruinar todo tu futuro. Una música callejera, sin ningún tipo de disciplina, todo lo contrario a lo que se requiere para llegar a ser una concertista clásica.

—Pero...

—Nada de peros —me interrumpe—. Te he dado una opción, Amanda. Una opción por la que muchos matarían. Europa, con una orquesta de reconocido prestigio. Te harías un nombre dentro de la música clásica, o... —agita la mano con desdén— esto.

Siento que algo dentro de mí se desmorona. —¿Y si elijo esto? —susurro.

Los ojos de mi padre se endurecen.

—Entonces estarás por tu cuenta. No más dinero, no más profesores particulares de piano, ningún tipo de apoyo. ¿Es eso lo que quieres? ¿Tirar por la borda todo por lo que hemos trabajado desde que eras una niña? Miles de horas, miles y miles de dólares.

El peso de sus palabras cae sobre mí como una losa. Pienso en Jazz, en su risa, en su tacto, en cómo me hace sentir viva. Pero luego pienso en mi familia, en la vida que siempre he conocido. La elección se extiende ante mí como un abismo imposible.

—No —respondo al fin, mi voz apenas audible—. Yo... iré a Europa.

El rostro de mi padre se relaja, una sonrisa satisfecha se dibuja en sus labios. Sabe que ha ganado.

—Buena chica. Estás tomando la decisión correcta, Amanda. Ya lo verás —me asegura.

Mientras gira sobre sus talones para irse, siento que algo dentro de mí se rompe. La puerta se cierra tras él, y me derrumbo sobre el banco del piano, los sollozos sacuden mi cuerpo.

No sé cuánto tiempo permanezco allí, llorando, antes de sentir una mano suave en mi hombro. Levanto la mirada y veo a Oliver, su rostro lleno de preocupación.

—Hey —dice suavemente—. Lo escuché todo. Lo siento mucho, Amanda.

Me seco los ojos, hipando ligeramente.

—¿Qué voy a hacer ahora, Oliver? ¿Cómo se lo diré a Jazz? —sollozo.

Se sienta a mi lado, rodeando mis hombros con su brazo.

—No tienes que hacer nada que no quieras, Amanda. Tu padre... está equivocado. El amor no es algo que puedas apagar simplemente porque sea inconveniente. Lo de Europa es una gran oportunidad, de eso no cabe ninguna duda, pero surgirán otras. Yo te ayudaré en lo que pueda, no hace falta que me pagues.

—¿Pero qué opción tengo? Si no voy a Europa, lo pierdo todo. Sí, quizá haya otras opciones, pero esta es segura e inmediata.

Oliver se queda callado un momento antes de hablar.

—Tal vez. O tal vez ganes algo aún más valioso. Libertad. La oportunidad de vivir tu vida en tus propios términos. Y a Jazz.

Sus palabras avivan algo en mí, una pequeña chispa de rebeldía. Pero entonces la realidad vuelve a golpearme.

—No puedo —admito bajando la mirada—. No soy lo suficientemente fuerte.

—Eres más fuerte de lo que crees, Amanda. Pero sea lo que sea que decidas, estoy aquí para ti —asegura, apretando mi hombro con cariño.

—Gracias, Oliver. Creo... que necesito escribirle una carta a Jazz. Explicarle todo lo que ha ocurrido.

Parece que quiere discutir, pero en su lugar solo asiente.

—De acuerdo. ¿Quieres que me vaya?

Niego con la cabeza.

—No, por favor... quédate. No creo que pueda hacer esto sola —reconozco.

Durante la siguiente hora, vuelco mi corazón en el papel. Las lágrimas nublan mi visión mientras intento explicar, hacer que Jazz entienda por qué tengo que irme. La tinta se emborrona donde caen mis lágrimas, pero no puedo obligarme a empezar de nuevo.

Mientras firmo mi nombre al final, con la mano temblorosa, Oliver toma la palabra de nuevo.

—Amanda... ¿es esto realmente lo que quieres? —pregunta alzando las cejas.

Miro fijamente la carta, con el corazón encogido.

—No —susurro—. Pero es lo que tengo que hacer.

Me levanto, carta en mano, lista para entregársela a Jazz. Pero cuando alcanzo la puerta, Oliver se interpone en mi camino.

—Espera —interrumpe—. Amanda, escúchame. No tienes que hacer esto. Puedes luchar por tu felicidad. Puedes luchar por Jazz.

Me quedo paralizada, arrugando ligeramente la carta en mi puño.

—Pero... mi familia... mi carrera...

Oliver coge mi mano libre y me clava la mirada.

—Tu familia debería quererte sin importar qué. ¿Y tu carrera? Amanda, eres brillante. Podrías triunfar en cualquier lugar, con o sin la ayuda de tu padre. Pero un amor como el que tienes con Jazz, eso es raro. Sé que tan solo estáis empezando, pero por primera vez desde que te conozco te he visto realmente ser feliz. Hasta tu música ha mejorado. No lo tires por la borda solo porque tengas miedo.

Sus palabras me golpean como si fuesen un puñetazo físico. Miro la carta manchada de lágrimas en mi mano, luego vuelvo a mirar el rostro sincero de Oliver.

—¿Qué debo hacer? —susurro, sintiéndome perdida.

Capítulo 8

Jazz

El ambiente del Preservation Hall me envuelve, aunque esta noche se siente más como si me estuviesen estrangulando. Mi piano brilla en el escenario bajo las tenues luces, una promesa silenciosa de la música que está por venir junto a mi banda. Pero, mientras me encuentro entre bastidores, mi corazón se acelera, un ritmo que no tiene nada que ver con los nervios previos al espectáculo y mucho que ver con el silencio de Amanda durante los últimos días.

Cierro los ojos, intentando concentrarme en la actuación que se avecina junto a mi banda de Jazz. El murmullo apagado del público se filtra a través de las finas paredes. He tocado en este lugar un montón de veces, siempre es especial, pero esta noche se siente diferente. Más pesada. Como si el universo contuviera la respiración, esperando que algo suceda.

—¿Jazz? —La voz de Sofía corta mis pensamientos—. ¿Estás bien, chica? Pareces ida.

Abro los ojos para ver la cara preocupada de mi mejor amiga.

—Sí, estoy bien —miento, forzando una sonrisa que se siente más como una mueca—. Solo... ya sabes. Nervios antes del espectáculo.

Sofía levanta una ceja, claramente sin creerme.

—¿Nervios? Venga ya, Jazz. Vamos, suéltalo. Esto es por Amanda, ¿verdad? —insiste.

Suspiro y mis hombros se desploman.

—¿Tan obvio es?

—Solo para alguien que te conoce prácticamente desde que usabas pañales —afirma Sofía, atrayéndome hacia ella para abrazarme—. ¿Qué está pasando? Pensé que vosotras dos erais asquerosamente felices.

—Lo éramos... lo somos... no lo sé —murmuro en su hombro—. Ha estado distante últimamente. Apenas devuelve mis llamadas, cancela nuestros planes. No puedo sacudirme la sensación de que algo anda mal. Muy mal —admito.

Sofía se aparta, apoya las manos en mis hombros.

—¿Has hablado con ella? ¿Le has preguntado?

Niego lentamente con la cabeza.

—Lo he intentado, pero sigue evadiéndome. Dice que solo está ocupada con cosas del conservatorio y con los preparativos del viaje a Europa para tocar con la orquesta esa.

—Bueno, tal vez eso es todo lo que es —responde Sofía, pero su tono carece de convicción—. Mira, sea lo que sea que esté pasando, no puedes dejar que te desconcentre esta noche. Tienes una sala llena de gente allá afuera esperando escuchar a la increíble Jazz Rodríguez hacer su magia sobre el piano.

Asiento, respirando profundamente.

—Tienes razón. Necesito concentrarme. Gracias, Sofi.

—Esa es mi chica —sonríe, dándome un puñetazo juguetón en el brazo—. Ahora sal ahí y déjalos boquiabiertos a todos.

Con un último abrazo, Sofía desaparece entre bastidores. Cierro los ojos de nuevo, centrándome. Me siento al piano, pero parece frío aunque familiar, una extensión de mi alma. Dejo que el tacto de las teclas me ancle, empujando los pensamientos de Amanda al

fondo de mi mente.

El director de escena me da la señal. El resto de la banda se coloca a mi lado. Es la hora. Dibujo en los labios mi sonrisa de escenario y el foco de luz me ilumina.

El público aplaude. El calor de las luces me baña, y por un momento, todo lo demás se desvanece. Solo somos mi piano, mi banda y yo. Y la música esperando nacer.

Pero antes de que pueda tocar una sola nota, la puerta trasera de la sala se abre de golpe con un estruendo que resuena como un disparo.

Mi corazón se salta varios latidos al ver una figura familiar silueteada en la puerta. Amanda. Su pecho se agita como si acabara de correr una maratón, sus ojos parecen salvajes y enfocados únicamente en mí.

El público estalla en murmullos repletos de confusión mientras Amanda se abre paso entre la multitud. Me quedo congelada en el escenario, mi piano olvidado frente a mí. ¿Qué demonios está haciendo aquí?

Cuando Amanda alcanza el borde del escenario, nuestros ojos se encuentran. El mundo se reduce a solo nosotras dos, el público se desvanece en un zumbido distante. Respira con dificultad, sus mejillas sonrojadas, el cabello alborotado por el viento. Y, aun así, nunca la he visto más hermosa.

—Jazz —dice, su voz resonando claramente por la sala—. Necesito hablar contigo.

—Amanda, qué... Estoy a punto de empezar una actuación —explico nerviosa, señalando tímidamente hacia el público.

Pero Amanda ya está subiendo al escenario, sus movimientos impulsados por una determinación que nunca antes había visto en ella. Los murmullos del público crecen, pero apenas lo noto. Todo lo que puedo ver es Amanda.

Alcanza el soporte del micrófono, acercándolo. Sus ojos nunca abandonan los míos mientras habla, su voz tiembla ligeramente.

—Siento interrumpir el espectáculo, de verdad que lo siento, pero tengo algo que necesito decir. Solo será un minuto —se apresura a anunciar.

La sala se queda en silencio, todos conteniendo la respiración. Incluyéndome a mí. Como si nos hubiesen robado el aire.

—Jazz Rodríguez —continúa Amanda, su voz fortaleciéndose con cada palabra—. Te quiero. Te quiero más de lo que he querido a nadie o a nada en toda mi vida. Más que las expectativas de mi familia, más que mis planes de carrera, más que... más que mi miedo a decepcionar a todos. Más que a la propia música.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que todo el público puede oírlo. Quiero hablar, moverme, pero estoy clavada en el sitio, pendiente de cada una de sus palabras.

—Mi padre me dio un ultimátum —admite, y siento que mi estómago se hunde—. Ir a Europa y olvidarme de ti, o perderlo todo: mi familia, su apoyo, las clases de piano. Y por un momento... por un momento, casi cedí —reconoce.

Mientras habla, el dolor en su voz es demasiado palpable, y no deseo otra cosa que envolverla en mis brazos. Pero aún no ha terminado.

—Pero entonces me di cuenta de algo —continúa, sus ojos bañados en lágrimas—. Nada de eso importa sin ti. Tú me haces sentir viva, Jazz. Tú me haces querer ser valiente. Así que estoy aquí para decirte, y a todos los demás, que te elijo a ti. Nos elijo a nosotras. Elijo el amor. Y… que pase lo que tenga que pasar.

El público estalla en aplausos, pero apenas lo escucho. En dos zancadas, cruzo el escenario y atraigo a Amanda a mis brazos. Nuestros labios se funden en un beso que es a

partes iguales pasión y promesa, alivio y alegría.

Cuando finalmente nos separamos, ambas sin aliento, no puedo evitar reír.

—Vaya sí que sabes llamar la atención del público, chica clásica.

Ella sonríe, una mezcla de timidez y triunfo. De orgullo.

—Bueno, pensé que si iba a poner mi vida patas arriba, era mejor hacerlo con estilo —bromea.

Sacudo la cabeza, aún sin creer del todo que esto sea real.

—Pensé... estaba preocupada de que te estuvieras alejando.

—Lo siento mucho, Jazz. Estaba asustada y confundida, y no sabía cómo contarte lo que estaba pasando. ¿Puedes perdonarme?

Como única respuesta, la beso de nuevo.

—No hay nada que perdonar. Estás aquí ahora. Eso es todo lo que importa —le aseguro, acariciando su espalda con suavidad.

Mientras estamos ahí, perdidas en nuestro propio mundo, de repente recuerdo dónde nos encontramos. El público aún aplaude, algunos incluso nos dan una ovación poniéndose en pie. Me giro para mirarles, manteniendo un brazo alrededor de la cintura de Amanda.

—Bueno, amigos —anuncio en el micrófono—, creo que esto requiere un cambio de planes. ¿Qué tal un dúo al piano?

La multitud aclama su aprobación. Amanda me mira, sorprendida.

—¿Estás segura? No quiero secuestrar tu espectáculo —susurra.

—Ya lo secuestraste en el momento en que cruzaste esa puerta. Mejor seguir la corriente. Además, he estado muriendo por tocar contigo de nuevo desde aquella noche en el barco fluvial.

Una lenta sonrisa se extiende por su rostro.

—De acuerdo, entonces. Démosles un espectáculo que nunca olvidarán.

Mientras Amanda toma su lugar en el piano, siento una oleada de emoción. Solo hemos tocado juntas una vez antes, pero se sintió increíble.

—¿Lista? —pregunto.

Ella asiente, sus dedos flotando sobre las teclas.

—Lista.

Las primeras notas del piano llenan el aire, una melodía lenta y cautivadora que reconozco de inmediato. Es la misma melodía que Amanda estaba tocando la primera vez que la escuché en el conservatorio. Sin pensar, me uno, entrelazándome como si lleváramos años tocando juntas.

La música crece, llenando cada rincón de la sala. Es cruda y emocional, contando la historia de nuestro viaje: la atracción inicial, el miedo, la separación y, finalmente, la alegría de estar juntas. Vierto cada gramo de amor que siento por Amanda en cada una de las notas, y puedo escucharla haciendo también lo mismo.

Mientras tocamos, noto movimiento en la parte trasera de la sala. Un hombre alto y distinguido acaba de entrar, su rostro parece de piedra. El padre de Amanda.

Nuestras miradas se encuentran a través de la sala llena, y por un momento, vacilo. Pero Amanda, perdida en la música, no lo nota. Su interpretación se vuelve más apasionada, más desafiante, y me dejo llevar por ella.

Las notas finales se desvanecen, dejando un momento de silencio sin aliento antes de que el público estalle en aplausos atronadores. Amanda se levanta del piano, su rostro sonrojado por la felicidad. Mientras hacemos nuestras reverencias, observo a su padre abriéndose paso

hacia el escenario.

Los aplausos disminuyen cuando la gente nota su acercamiento. Amanda se tensa. Cojo su mano, apretándola para tranquilizarla.

Richard Sinclair llega al borde del escenario, su expresión indescifrable. Toda la sala parece contener la respiración, esperando ver qué sucederá a continuación.

Epílogo

Jazz — Dos años más tarde.

El sol de Nueva Orleans se filtra a través de las cortinas del dormitorio y dibuja franjas doradas sobre las sábanas. Abro los ojos, parpadeando mientras se adaptan a la suave luz de la mañana. A mi lado, Amanda duerme tranquila, su cabello alborotado sobre la almohada como si fuese un halo.

Me apoyo sobre el antebrazo para observarla. Incluso después de dos años, aún no puedo creer que forme parte de mi vida. Que pueda despertar junto a esta mujer increíble cada día. Bueno, casi todos los días, al menos, cuando no está de gira en algún concierto.

Como si sintiera mi mirada, abre los ojos. Una sonrisa lenta y todavía somnolienta se dibuja en sus labios.

—Buenos días, preciosa —murmura.

—Buenos días —respondo, inclinándome para besar sus labios—. Feliz aniversario.

—Dos años ya. ¿Puedes creerlo?

Niego con la cabeza, sonriendo.

—A veces pienso que voy a despertar y descubrir que todo esto ha sido un sueño. Eres tan perfecta que me da miedo que de pronto desaparezcas.

Amanda alza la mano, acunando mi mejilla.

—Si es un sueño, no quiero despertar —suspira.

Nos quedamos así un rato, intercambiando besos y mimos, caricias y susurros de amor. El mundo fuera de nuestra pequeña burbuja puede esperar.

Por fin, Amanda se estira, su cuerpo desnudo se arquea bajo las sábanas.

—Por mucho que me encantaría quedarme en la cama contigo todo el día, tenemos un sitio al que ir —anuncia con una extraña sonrisa.

Gruño y meneo la cabeza.

—¿Tenemos que hacerlo? Voto por celebrar nuestro aniversario aquí mismo. Se me ocurren un montón de cosas que podría hacerte para celebrarlo —siseo, acariciando sus pezones con la punta de mis dedos.

Ella ríe y me da un manotazo cariñoso en el hombro.

—Buen intento, Jazmine Rodríguez. Pero tengo planes para nosotras.

—¿Ah, sí? —pregunto, alzando una ceja—. ¿Te importaría compartirlos con tu novia?

Sus ojos brillan con picardía.

—No. Es una sorpresa. Ahora vamos, perezosa. Arriba y en marcha —ordena.

Una hora más tarde, caminamos de la mano por el Barrio Francés. El aire está impregnado con el aroma de café recién hecho, mezclándose con el omnipresente toque del río Mississippi. Los músicos callejeros ya se están instalando para el día, saludan a Jazz al pasar.

—¿Dónde me llevas? ¿Me lo puedes decir ya o vas a esperar toda al semana? —pregunto impaciente, balanceando nuestras manos unidas entre nuestras caderas.

Amanda solo sonríe de manera misteriosa.

—Eres una impaciente. Todo se revelará a su debido tiempo.

Serpenteamos entre la multitud de turistas, deteniéndonos ocasionalmente para escuchar a

algún músico callejero amigo de Jazz o admirar alguna obra de arte urbano. Es una mañana perfecta de Nueva Orleans, de esas que me recuerdan por qué me enamoré de esta ciudad y decidimos fijar aquí nuestra residencia.

Al doblar hacia la calle Bourbon, empiezo a intuir hacia dónde podríamos dirigirnos. Efectivamente, Amanda me guía directamente hacia el Preservation Hall.

—¿En serio? —río—. No eres precisamente sutil, Sinclair.

Ella se encoge de hombros, sin arrepentimiento.

—¿Qué puedo decir? Soy una romántica del simbolismo. Además, moví algunos hilos para conseguir que lo abran para nosotras antes de la hora.

Dentro, la sala está tranquila y tenue, tan diferente de cada vez que hay una actuación. El peso de la historia nos rodea, décadas de música y recuerdos impregnados en las propias paredes. Cuántas estrellas del Jazz han tocado en este lugar.

Mientras deambulamos por el local vacío, me sorprende lo lejos que hemos llegado juntas. Aquella noche hace dos años, cuando Amanda irrumpió por estas puertas y puso nuestras vidas patas arriba, parece una vida entera.

—Estás muy callada —apunta, empujándome suavemente con el hombro.

Sonrío, cogiéndola de la cintura para atraerla hacia mí.

—Solo pensaba en lo afortunada que soy —suspiro.

—Entrar aquí hace dos años antes de tu actuación fue la mejor decisión que he tomado en mi vida —confiesa antes de besarme y tengo que retirar una lágrima solitaria que rueda por su mejilla.

—Espero que sea de alegría —bromeo.

—Eres tonta. Tengo algo para ti —anuncia, metiendo la mano en su bolso.

Saca una pequeña caja envuelta para regalo. Mi corazón da un vuelco.

—Amanda...

—Ábrelo —me insta, presionando la caja en mis manos.

Temblando, desenvuelvo el regalo. Dentro hay una cajita de terciopelo de esas que se suelen usar para los anillos y mi corazón se detiene. Levanto la mirada con un nudo en la garganta.

Amanda toma la caja de mis manos y parece nerviosa antes de hablar.

—Jazz Rodríguez. Hace dos años, en este mismo salón, tomé la mejor decisión de mi vida. Elegí el amor. Nos elegí a nosotras. Y cada día desde entonces, he despertado agradecida por esa elección.

Abre la cajita del anillo, revelando una impresionante banda de plata incrustada con pequeños zafiros.

—Me has enseñado lo que significa ser valiente, ser fiel a mí misma. Me has apoyado en mis luchas con mi familia, has celebrado cada uno de mis triunfos, poniéndome siempre por delante de ti misma y me has amado de manera incondicional.

—Me estás haciendo llorar, idiota —susurro, secándome las lágrimas.

—Eres mi mejor amiga, mi novia, mi compañera en todo. Me desafías a ser mejor cada día, me apoyas, me haces reír como nadie más puede, y llenas mi vida de más alegría de la que jamás creí que fuese posible.

Toma un profundo respiro y sonríe.

—Así que, Jazz Rodríguez, si te casases conmigo me harías la mujer más feliz del mundo —suspira.

—Acabas de decir que ya lo eras —bromeo.

—Deja de llorar y dime que sí de una vez, por favor —insiste, acercándose para abrazarme.

—Claro que sí, tonta. Si hasta tus padres han empezado a aceptarme ahora que han visto que no he acabado con tu carrera como pianista clásica.

—Y compositora —añade.

—Y compositoras —corrijo—. Porque te recuerdo que lo hacemos a medias.